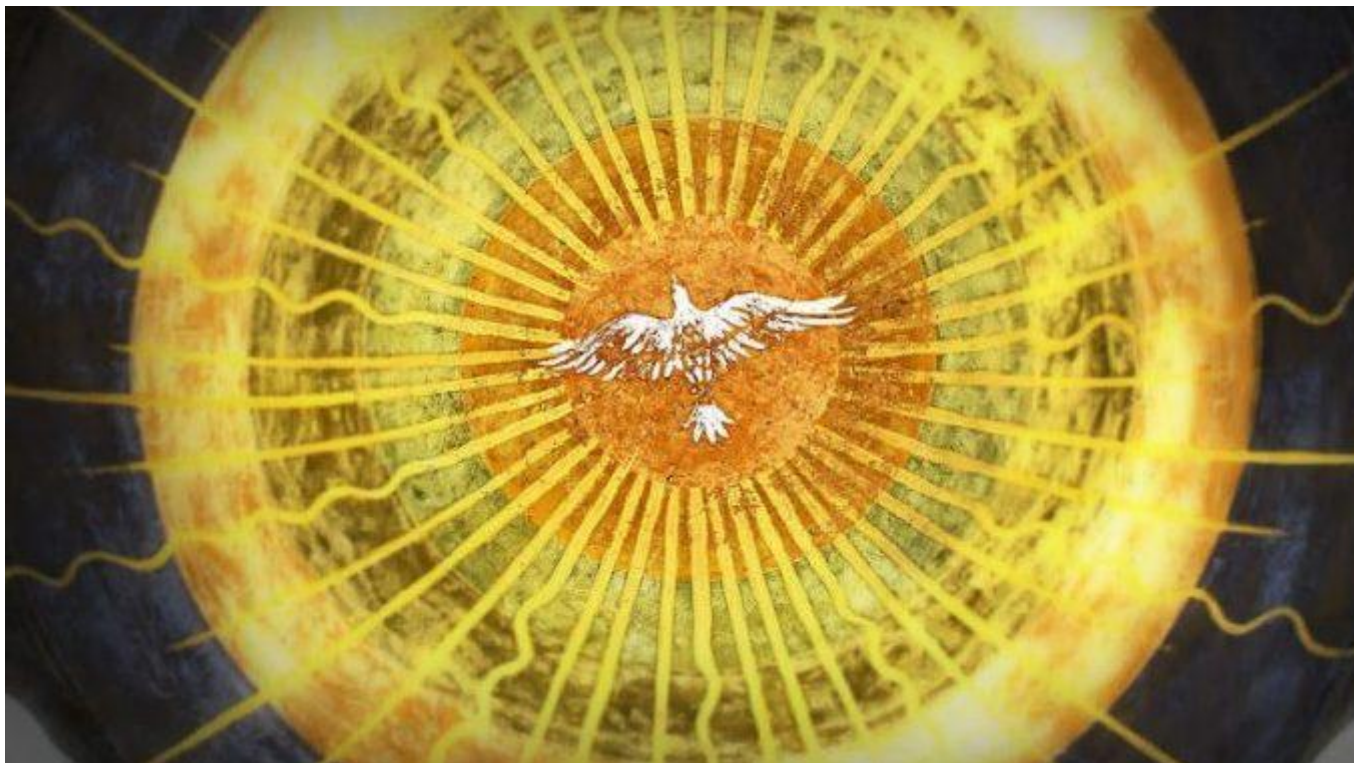


TRES VERDADES ESENCIALES SOBRE EL ESPÍRITU SANTO

Sobre las lecturas del 5 de junio de 2022, domingo de Pentecostés

3 de junio de 2022 carl e olson el despacho



[Imagen: Wikipedia]

Lecturas :

- Hechos 2:1-11
- Sal 104:1, 24, 29-30, 31, 34
- 1 Cor 12:3b-7, 12-13
- Jn 20:19-23

“El espíritu y el fuego se unen, un verdadero milagro, el aire y el fuego se unen, ¡una vista impresionante!”

Así escribió el padre de la Iglesia del siglo VI, San Romano el Melodista, en un *kontakion*, o himno, celebrando la solemnidad de Pentecostés. En otro verso, escribió: “Entonces, amados míos, ponos de pie y simplemente observad el fuego que Aquel que está en los cielos ha enviado desde lo alto”. Y, “Entonces, hermanos, que Aquel que descendió sobre nosotros arroje el temor de nuestras mentes”.

Su hermoso himno enfatiza tres verdades esenciales sobre el Espíritu Santo, cada una de las cuales se revela en las lecturas de hoy. Primero, el Espíritu Santo es un don celestial del Padre y del Hijo; en segundo lugar, transforma y empodera a quienes lo reciben; en tercer lugar, une al pueblo de Dios, la Iglesia, de una manera inimitable y sobrenatural.

Comencemos con el relato de Juan de los apóstoles en el aposento alto, que describe a un grupo de hombres asustados detrás de puertas cerradas. Abatidos y destrozados, eran como arcilla sin vida o huesos secos. Pero cuando entró Jesús, se regocijaron, y cuando sopló sobre ellos, cobraron vida con el don del Espíritu Santo (cf. Gn 2, 7; Ez 37, 5). Esto muestra cuán íntimamente unidos están la resurrección de Cristo, que destruye la muerte, y el don que crea la vida del Espíritu Santo.

Siete semanas después, los discípulos estaban nuevamente en el aposento alto, pero llenos de expectativa, no de pavor. De nuevo, la presencia de Dios vino de repente, esta vez con un ruido como de un fuerte viento y lo que parecían ser "lenguas de fuego". Dios una vez había sacado al pueblo de Israel de Egipto bajo la apariencia de una nube durante el día y una columna de fuego durante la noche. En Pentecostés, su presencia fue representada por el viento y el fuego, y así comenzó la peregrinación del recién revelado pueblo de Dios, la Iglesia. "Por su venida, que nunca cesa, el Espíritu Santo hace entrar al mundo en los 'últimos días', el tiempo de la Iglesia, el Reino ya heredado aunque aún no consumado" (párr. 732).

Esto nos lleva al segundo punto, porque en la Iglesia, como dijo San Pablo a los Corintios, la "manifestación del Espíritu se da para algún beneficio". El Espíritu Santo se manifiesta, es decir, actúa y da poder, por el sacramento del bautismo, por el cual el hombre se llena de vida divina y se une al cuerpo místico de Cristo. Esta transformación fue dramáticamente evidente en el aposento alto en Pentecostés, porque los discípulos llenos del Espíritu, habiendo sido tocados por lenguas de fuego, pudieron "hablar en diferentes lenguas" y "proclamar". ¿Y qué fue proclamado ese día? El evangelio de Jesucristo, que culminó con la exhortación de Pedro al pueblo a que se arrepientan y se bauticen, para que "reciban el don del Espíritu Santo" (Hechos 2:38).

Ese llamado al arrepentimiento fue también un llamado a la unidad. En Babel, los hombres deseaban establecer la unidad y el dominio a través del poder y el ingenio humanos, una tentación eterna, construyendo una gran ciudad y una torre (Gn 11:1-10). En Pentecostés, Dios instauró la unidad y la paz por medio del Espíritu Santo, revelándose a sí mismo y a su casa al mundo, "la iglesia del Dios vivo, columna y fundamento de la verdad" (1 Tm 3,15). El *Catecismo* afirma de Pentecostés: "En ese día, la Santísima Trinidad se revela plenamente" (párrafo 732).

Dios es uno, pero también Triuno: un Dios en tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Él es perfecta unidad, pero también perfecta relación y comunión (cf. CIC, 253-6). La unidad y la catolicidad de la Iglesia tienen sus raíces en este gran misterio de la Trinidad. Y de ella, escribe San Pablo, brota una diversidad real y auténtica de dones, servicios y obras, porque "a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu".

San Romano, al final de su himno, preguntó: "¿Por qué, entonces, debemos tener miedo de una llama que no arde?" Esta solemnidad es un llamado al arrepentimiento ya la unidad, así como al gozo y la paz, cada uno dado por el Espíritu Santo.

(Esta columna "Opening the Word" apareció originalmente en la edición del 12 de junio de 2011 del periódico *Our Sunday Visitor*).